

# **Lo que aprendí acerca de novias y fútbol**

Federico Ivanier

loqueleg

## Disciplina táctica

Cumplir trece años significó en mi existencia una increíble serie de complicaciones. Curiosamente, todas ellas tenían que ver con dos aspectos de mi vida: el fútbol, por un lado, y las novias, por el otro. Yo pensaba que, con un poco de práctica en cada asunto, ya iba a estar listo para lo que me deparara el futuro. Y aunque al principio me pareció que ambos temas no estaban conectados, después descubrí que, en realidad, sí lo estaban. Al menos en parte.

11

Es que todo comenzó con Paula. Déjenme que les cuente algo sobre ella. Bueno, es lo más lindo que yo he visto hasta ahora. No es que me sepa el universo entero de memoria, pero hace trece años que ando por ahí con los ojos abiertos (o sea, menos cuando duermo), así que he visto, al fin y al cabo, bastante. Y les juro, no hay nada como Paula.

Somos compañeros de clase. Los dos estamos en segundo año B del liceo dieciséis, pomposamente llamado Desembarco en la Agraciada, por si no lo conocen. Compartimos el salón tres, de paredes descascaradas y

baldosas gastadas. No siempre le entra mucha luz, porque es un salón interior. Tampoco recibe mucha higiene: en los últimos años, apenas las ocasionales barridas de las empleadas de limpieza, así que apesta a oficina pública. A veces, parece que los olores de las diferentes personas que han estado ahí en diferentes momentos de nuestra historia se juntaran, formando una mezcla ya irreconocible. Igual, a mí no me importa nada, mientras venga Paula. Cuando ella llega, me parece que todo huele a margaritas y pasto recién regado.

El año anterior también íbamos al mismo liceo. Claro, entonces la conocía de vista nomás, porque no estábamos en la misma clase. No crucé ni una palabra con ella, a pesar de que sí la miré varias veces, porque, como ya dije, es lo más lindo que he visto en trece años de vida. Tiene pelo rubio largo, unas pecas negras, diminutas, en torno a la nariz, ojos azules y una sonrisa que me mata.

Por suerte, este año nos tocó estar en la misma clase. Somos treinta y cuatro en la lista, pero hay tres segundos en el turno matutino, así que me considero afortunado de que estemos juntos. Después de todo, había más probabilidades de que nos tocaran grupos diferentes.

Eso en lo que respecta a Paula.

En lo que respecta al fútbol, creo que corresponde hablar del Chapa y de Diego Rivero.

Pero debo comenzar por el club Banco República.

Allí voy a hacer gimnasia, natación y, de paso, también a practicar fútbol de salón, mejor conocido como futsal. Juego desde chico y pienso jugar hasta que me echen —cosa siempre factible si tenés un rendimiento lamentable y, *ups*, el mío no venía siendo brillante que digamos—. Mis posibilidades de ser titular eran inferiores a las de que se construyera un hotel de veraneo en el Polo.

El Chapa era el técnico. Nunca conocí a una persona que hablara tanto. Se reía de todo y nunca paraba de darnos letra. Nos hacía sentarnos en el parqué claro y lustrado del gimnasio A; se paraba en medio del círculo central pintado de azul y ahí, dale que te dale, no paraba nunca. Las charlas técnicas eran eternas. Cuando entraba la luz cálida de la tarde por el ventanal que está encima de las tribunas, parecía que ibas a caer fulminado por el sueño.

Lo que me llamó la atención del Chapa, apenas lo conocí, fue que siempre estaba rodeado de mujeres. No sé si llamarlas novias (es más, él se empeñaba en nombrarlas de cualquier manera, menos de esa), porque he llegado a comprender que el concepto «novia» es relativo y depende de cada situación; pero puedo asegurarles que siempre alguna lo rondaba.

Es que tenía un cierto aire de galán, hay que admitirlo. Sabía contar chistes y hacer reír a cualquier espécimen del sexo femenino que tuviera alrededor, no importaba su edad, raza, etnia, religión o creencia

política. Su manera de hablar, su sentido del humor, sus cuentos, su risa, un cierto no sé qué: todo formaba una especie de truco de magia, y así, *plim*, las hipnotizaba, las ponía en trance y ellas quedaban echando suspiros al aire.

Parecía feliz con eso. Le abundaban estas «novias» y, de vez en cuando, yo me preguntaba cómo hacía para acordarse de todos los nombres y nunca confundirse. Pero ese asunto no es problema mío. Y ya no me preocupa más.

Recuerdo una de sus charlas técnicas. Yo estaba sentado en el suelo y había varios que lo estaban encima de alguna pelota. Era imposible saber qué iba a decir el Chapa respecto a que nos sentásemos sobre alguna pelota: a veces se quejaba de que las estropeábamos; otras, mutis, no salía palabra de su boca. Por lo general, si ganábamos, no le molestaba.

La cuestión es que ahí estábamos, como les dije, y él daba una charla. Para variar, ya se había ido por las ramas y yo pensaba en otra cosa desde hacía rato. Hablaba de ser disciplinados en lo táctico y de sudar la camiseta, mezclado de tal manera con algo acerca de lo sacrificado de ir a trabajar al puerto por la mañana, que nadie en esta Tierra, fuera de él mismo, lo entendía. En un momento me miró y me preguntó:

—A ver, vos, Seba. Por ejemplo, ¿qué tenés que hacer? ¿Cuál es tu ubicación táctica?

Todo el mundo hizo silencio y me miró. Yo no tenía

la menor idea de qué decir, porque si en algún momento el Chapa me comentó algo sobre mi ubicación táctica, esas palabras me entraron por una oreja y me salieron por la otra. Traté de recordar lo que, por lo general, me indicaba.

—Bueno —empecé—, tengo que agarrar el medio y...

—¡No!

Me callé al instante.

—No, Seba —dijo él.

Ahí me calentó un poco.

—Pero si ni terminé lo que iba a decir.

—No tenés que agarrar nada. No tenés que hacer nada. ¿O acaso yo te dije que hicieras algo? ¿Te dije a vos específicamente que hicieras algo? ¿Te dije?

—No, pero...

—Entonces no tenés que hacer nada. Si yo no te digo que hagas algo, entonces vos no hacés nada. Nada. ¿Me entendés? *Eso* es disciplina táctica.

—¿Me quedo parado, así, como un nabo, sin hacer nada?

—Felicitaciones, entendiste lo que quiero decir.

A veces el Chapa tenía más rayas que un cuaderno. ¿Para qué me preguntaba qué tenía que hacer si no tenía que hacer nada?

En fin. Su jugador favorito del equipo era el segundo personaje de la parte del fútbol: Diego Rivero. De los doce que formábamos el plantel, era el único que iba a mi liceo. Es más, estaba en mi clase.

Se los digo ya: Diego era perfecto. Jugaba notable, tenía una facha bárbara, como esos que salen en la tele; pero además era simpático, divertido, siempre se sacaba buenas notas sin estudiar prácticamente nada y nunca le faltaba novia o aspirante al puesto. Era enfermante.

Lo que más bronca me daba era que no tenía granos. Ni uno. Ni un mísero punto negro. Nada. Su cara estaba siempre rozagante y tostadita por el sol. Eso le daba derecho a comentar sobre los granos de los demás. Por ejemplo:

—¿Y para cuándo hace erupción el volcán, Seba?

El comentario se refería a un grano que crecía en el centro de mi nariz, grande como un faro. Ya que me va a salir un grano enorme, ¿por qué no puede nacerme en la espalda? ¿O en un pie? No, tiene que salirme en el medio de la cara. Tiene que ser un grano inocultable.

—A ver —me miraba con atención—, vamos a estudiar geografía. Acá está el Everest...

Siempre me venía con esos chistecitos, o alguno que vinculara los granos con la masturbación, en el vestuario del club, después de la práctica. Y ahí, dale, todos a reírse de Seba. ¿Y yo qué le iba a responder? Un grano en la nariz no tenía manera de ser ni disimulado ni justificado. En casa, yo me lo reventaba, pero él, dale que va, otra vez se volvía a llenar. No sé de dónde me salía tanto pus. *Siempre* había más allí dentro, en esa montaña roja, de punta amarilla.

Eso sí, era un grano con personalidad, porque generaba reacciones inesperadas. Mis amigas del club, por ejemplo, o algunas compañeras de clase, así, de repente, se acercaban con los ojos brillantes y me decían:

—¿Te lo puedo reventar?

Me gustaba que me prestaran atención de esa manera fascinada, porque de lo contrario, para todas ellas, yo apenas llegaba a ser un cero a la izquierda. O sea, algo cuya única función es no existir. Peor es no tener función, porque directamente ni existís. Al menos en mi caso, todo el mundo femenino sabía que yo era algo que existía, aunque se me ignorase.

Por tanto, algo es algo. De vez en cuando, algunas se arrimaban y hacían foco en mí, aunque fuera debido a ese grano. Duraba unos pocos segundos, los suficientes como para sacar una foto. Luego, Seba volvía a ser una mancha borrosa a la que no se le da mucha bola. Pero, al menos, gozaba de esos segundos. ¿Quién te quita lo bailado?, como dice mi madre. Así que, por un lado, lo quería a mi grano-faro pero, por otro, era la fuente de todos mis tormentos. Lo detestaba.

—Es la fuerza de la sangre —sentenciaba mi madre.

Mejor tener sangre débil, pensaba yo. Especialmente cuando Diego venía, se mandaba uno de sus chistes, siempre seguido por un coro de carcajadas, gracias a mi fábrica interna de pus. Aunque, vale la pena aclararlo, no era yo el único con granos. En todo caso, Diego era el único *sin* granos.



Yo hacía lo posible por no darle bola. Me miraba en el espejo del vestuario y trataba de acomodar mi pelo castaño mojado, especialmente un remolino que tengo sobre la frente. Nada podía ocultar mi monte Everest, claro está, pero al menos tener el cabello peinado ayudaba. Mejoraba un poco mi imagen. Entonces Diego se paraba al lado mío y se peinaba también. Era casi tan alto como yo, aunque el doble de ancho. Su pelo quedaba perfecto. El mío, peinado.

De esa forma comencé a notar cómo se trasladaban las cosas del fútbol a la vida de todos los días. Diego era titular, yo suplente. No solo en una cancha de fútbol.